ASIA Y AFRICA ACTUALES

ISRAEL: UNA DEMOCRACIA EN APRIETOS

JOSEPH HODARA

Encuadre del tema

EN ESTA SEGUNDA MITAD DEL siglo XX comprobamos que Montesquieu pecó de justificable ingenuidad: el sistema democrático, con la pertinente separación de poderes y balances, es una aparición excepcional. Uno de los indicadores: entre los 160 países representados en la desfalleciente Naciones Unidas, la democracia se instaló en algo más de la décima parte de ellos. La mayoría oscila, en efecto, entre la franca dictadura y regímenes autoritarios que sólo preservan, para encubrir conciencias y apariencias, algunos ritos democráticos: elecciones, movilización selectiva de masas levantiscas, apelaciones a la Constitución, y hasta consultas populares. Otro indicio: en las últimas décadas hemos observado cómo regímenes ceden a la “tentación totalitaria” en nombre del pueblo que renuncia deliberada y lúcidamente a la libertad.

No se trata solamente de un “miedo” a la autonomía individual y colectiva, como lo demostró Fromm; es una convergencia de impulsos primitivos y románticos que desprecia la razón, el equilibrio, el mediocre suceder de los días. Es un pavor a la responsabilidad. La condición humana —y no ignoro sus matices culturales— no puede prescindir del héroe hecho Dios, aunque éste lleve a los pueblos a la tumba. Ya Ranke observó que en momentos de exaltación o de angustia insuperable colectividades enteras se dirigen alegremente al precipicio. Porque el absoluto fascina; porque es difícil vivir —y más todavía pensar— en un mundo desprovisto de magia e ídolos. El paganismo político nos asedia. Al parecer, la Ilustración cultivó ilusiones improbables.

Con estos señalamientos preliminares me acerco a Israel en

la década de los ochenta.¹ Fue y es sin disputa un país democrático. Jamás faltaron factores que podrían haber legitimado el control autoritario. Entre ellos: la intoxicación carismática que se presentó en varios recodos del movimiento sionista; las pugnas tormentosas antes y después del establecimiento del Estado (1948); treinta y cinco años de hostigamiento ambiental y guerras abiertas; la enconada fragmentación social (religiosos *vs.* laicos; "veteranos" *vs.* inmigrantes; querellas intergeneracionales) que hasta el momento no se ha traducido en un pluralismo ampliamente aceptado; los sentimientos ambivalentes que los "hacedores" del Estado revelaron respecto a la "noble intelligentsia" que critica sin asumir maquiavélicas responsabilidades. Estos factores, sin embargo, no socavaron a la democracia; las guerras cíclicas no suspendieron la crítica ni lastimaron irreversiblemente el tejido social, sino al contrario. La revolución sionista no devoró ni a sus padres ni a sus hijos. Hecho curioso cuando se cotejan revoluciones.

En el caso de Israel, la democracia emana desde el pasado y desde abajo.² Toda la jurisprudencia (*Halajá*) y sus múltiples interpretaciones constituyen el producto de la polémica irrestricta; la *Halajá* permitió compromisos y ajustes con el fin de "vivir en paz" (*darkei shalom*). El debate tuvo lugar pese a que la legitimidad última de las leyes descansaba en la Revolución trascendente. Más todavía: el judaísmo ignora cualquier principio de la infalibilidad: todos pueden errar y, por tanto, todos pueden emitir opiniones dentro de límites trazados por la cambiante realidad histórica y por "el deseo de vivir" (*jefetz haim*). Tampoco existe una fuente formal de autoridad. Los dos "Grandes Rabinos", que hoy desempeñan papel importante en las interpretaciones *politizadas* de la religión, *no* fueron establecidos por los judíos y son extraños al espíritu judaico. El Rabino Sefaradí fue un invento turco destinado a facilitar

¹ A la dimensión ideológica aludí en mi ensayo "Beguinismo: ¿Última etapa del sionismo?", *Vuelta*, octubre de 1982.

² Compárese con el análisis del Mahdi (p. 95), por un lado, y de la tradición anti-moderna (p. 161), por el otro, hecho por O. Paz, *Tiempo nublado*, Barcelona, Seix Barral, 1983.

la administración del extendido —e inepto— Imperio Otomano; y en este siglo, los ingleses crearon al Rabino Ashkenazí para restaurar el “equilibrio”, o mejor para apoyarse en dos fuerzas que se neutralizan mutuamente.

Por otra parte, el espíritu democrático dimana de sectores populares que creen con firmeza que, sin libertad, el avance de la revolución sionista es improbable y que, sin ella, Israel se alejará de los centros de civilización occidental, que se nutren parcialmente del propio judaísmo. Estas inclinaciones compartidas explican el escrutinio público de los actos y omisiones de los políticos, hábito arraigado de los israelíes. Y además: el carácter autónomo de la televisión (en Israel existe un solo canal controlado por instancias públicas que *no* gubernamentales); la formación de comisiones que investigan, sin tolerar presión externa alguna, los desastrosos y hasta los delitos de ministros y diputados; y, en fin, las expresiones de protesta pública que desbordan las fronteras de los partidos.³ Sin este espíritu no se podría explicar el funcionamiento del ejército —basado en forma mayoritaria por reservistas— y el respeto casi sacramental a la Suprema Corte de Justicia, al Contralor del Estado, y al Consultor jurídico del Gobierno. Estas entidades rechazan intromisiones extrañas, aunque provoquen la ira de gabinetes, parlamentarios, “jefes religiosos”, partidos e, incluso, del propio Presidente.

Ahora bien: esta configuración de tradiciones y prácticas políticas y socioculturales es hoy cuestionada por segmentos amplios de la población. La democracia israelí encara apuros como resultado de la convergencia de varios factores que, nacidos y actuando en forma independiente, se refuerzan en esta década mutuamente. El debilitamiento grave y gravoso de la *polis* israelí: éste es el tema que aquí abordaré.

Y adelanto mi tesis: la inflación galopante, mudanzas cualitativas de la cultura política, procesos obstinados de autodeslegitimación y el probable ingreso de armas no convencionales

³El mejor estudio sobre estas protestas de carácter espontáneo, que no obedecen a partido alguno, pertenece a M. Unger - Sh. Lehman Wilzig, “Mejaot Tsubuñot”, en *Rivon Lecalcalá*, 114, septiembre, 1982.

en esta región levantan un escenario que podría otorgar un arrinconado papel a la democracia israelí.

La inflación corrosiva

En los años cincuenta —primera década del Estado— la elevación generalizada y selecta de precios fue un instrumento de la política económica aceptado con amplitud. La intención en ese entonces era procurar un “ahorro forzoso” con una inflación que oscilaba entre el 15 y 20 por ciento al año. Esta medida no tropezó con escollos perceptibles, pues la economía se expandía a tasas rápidas (del 8 al 12 por ciento anual). Existía, además, un sistema semestral y automático de ajuste de salarios, bienes y ahorros. Por consiguiente, la inflación *real* fue pequeña (no superó el 6 por ciento anual) y atribuible a un gasto militar apreciable que no tenía una contrapartida de bienes.

Esta tendencia se interrumpe en los años setenta. El gasto público (especialmente en 1974, después de la Guerra de Yom Kipur) y las compras de petróleo aumentaron considerablemente, al tiempo que Israel empezaba a perder terreno en sus exportaciones tradicionales (cítricos y diamantes). En 1977, el gobierno de Begin inaugura una “nueva política económica” de corte liberal: Chicago llega a Jerusalén. En este marco se suprimen las restricciones cambiarias, se incrementan los impuestos indirectos de carácter francamente regresivo, y despuntan tensiones en los balances comerciales con el exterior. Por cálculos políticos, el valor de la moneda local es mantenido artificialmente a niveles sobrevaluados.

Este gobierno no pudo ir lejos con el liberalismo económico por dos razones que singularizaban el caso israelí: *a)* la existencia de una poderosa confederación de trabajadores (*histadrut*), aliada al partido laborista de oposición. La Histadrut consiguió ajustes trimestrales de sueldos y salarios merced al hecho de que agrupa a más del 80 por ciento de la población activa; por añadidura, esta entidad controla, con inversiones propias, la tercera parte de la economía civil israelí. De este modo, un liberalismo económico consecuente se hubiera enfrentado a obstáculos considerables. *b)* El liberalismo económico encierra una

lógica normada, directa o indirectamente, por el "darwinismo social" que alienta presumiblemente el espíritu empresarial, pero a expensas —al menos en el corto y mediano plazos— del resto de la población. Beguin percibió que una marcada distribución desigual del ingreso llevaría a interceptar no sólo el apoyo de las clases medias de origen oriental que lo condujeron al poder, sino que la desigualdad como norma afectaría profundamente a la seguridad nacional. Porque una sociedad que cuenta con un ejército cuasi popular, fundado en el sacrificio lúcido y voluntario de segmentos amplios (después del servicio obligatorio de tres años, cada ciudadano es movilizad, hasta la edad de cincuenta años, por periodos que oscilan entre dos semanas y dos meses), no puede permitirse una concentración descompensada de la riqueza. En otras palabras, el carácter consensual de esta sociedad es una restricción constante e insuperable de cualquier política económica. Con razonamiento parecido: Israel no puede tolerar tasas importantes de desocupación (generalmente han sido "friccionales" hasta el último año), pues los ciudadanos votarían en tal caso "con las piernas": emigrarían del país, hecho que vulneraría obviamente tanto la legitimidad ideológica del Estado como la defensa nacional.

Para sustentarse en el poder y reconociendo estas restricciones particulares, Beguin debió retroceder. Pero el retroceso fue desmesurado. Puso en práctica un populismo económico con el fin de volver a ganar las elecciones de 1980. En consecuencia, se abarataron artificialmente las importaciones; la televisión a color se transformó en un bien ampliamente difundido; el video se propagó a 200 000 familias (algo más de la cuarta parte de la población), y los viajes al extranjero se convirtieron en un "imperativo consumista" (en los meses de verano, 650 000 turistas israelíes "invadieron" Europa y Estados Unidos). Por añadidura, la bolsa atrajo a grandes y pequeños especuladores que descuidaron empleos productivos. Estos "obsequios" le facilitaron a Beguin⁴ retornar al poder, con una deuda exter-

⁴ Además de la destrucción de la usina atómica de Irak, efectuada tres días *antes* de las elecciones.

na cuatuplicada, con tensiones inflacionarias de 120 por ciento anual, y con un producto interno bruto que se redujo a 1 por ciento anual. Estos procesos adquirieron dinámica propia. La inflación aceleró su marcha y hoy (marzo de 1984) varía de 300 por ciento a 500 por ciento anual, conforme al índice mensual que se tome como base del cálculo. La deuda externa se elevó a 25 mil millones de dólares, suma extraordinaria para una población de 4 millones. Y el colmo: los mercados de capital padecieron sacudimientos depresivos, a pesar del "respaldo verbal" del gobierno a las acciones que se cotizaban en la bolsa.

El control de estas turbulencias es particularmente difícil por varios motivos. El ministro de finanzas israelí (no importa quién sea) puede afectar con medidas monetarias y fiscales sólo a una parte del volumen de medios de pagos poseído por el público. Este "encogimiento" se debe al peso perceptible de la "economía negra" inducida por enormes presiones fiscales. La imposición llega hoy a un porcentaje marginal del 60 por ciento para ingresos brutos relativamente bajos (US\$ 12 000 al año). Por otra parte, el empleador asume también una carga social apreciable (seguros, jubilación) que encarece desproporcionalmente la mano de obra local. La magnitud de estas presiones invita evasiones fiscales, al menos entre la población "no cautiva". Los acuerdos salariales "por debajo del agua" son corrientes en Israel.

En segundo lugar, la indización automática (cada mes o cada tres meses) de bienes, salarios y ahorros es una fuente inflacionaria adicional, de suerte que el campo de maniobra del ministro de finanzas es en verdad muy estrecho.

En tercer lugar, la política monetaria no es fijada en forma independiente por el Banco Central. En los últimos años, el ministro del ramo ordena la impresión de billetes para encarar problemas de brevísimo plazo (la cuarta parte de la población activa de este país trabaja en el sector público). El Banco Central protesta ritualmente, pero acepta los hechos consumados.

Finalmente, el ciclo *económico* israelí depende del comercio internacional, de las importaciones militares y de las tasas externas de interés. Sin embargo, el ciclo *político* (elecciones) sigue otra senda. El crecimiento económico pasa entonces a

segundo lugar. Es muy difícil, en estas circunstancias, sostener una política de estabilización.

¿Por qué se subraya en primer lugar la hiperinflación en este análisis sobre la democracia? Porque el estudio comparado revela la existencia de una correlación empírica negativa entre el ascenso generalizado e incontenible de precios y el mantenimiento del quehacer democrático. En rigor, no existe una teoría que de manera consistente explique esta regularidad. Se han propuesto algunas hipótesis. Ladd, por ejemplo, pone énfasis en el carácter redistributivo de la inflación, que suele acarrear cambios no sólo en la jerarquización tradicional y legitimada de los sectores sino en los modos de acumulación de capital.⁵ Ritmos inflacionarios rápidos propagan imperfecciones en la formación de precios, convirtiendo la "sobetanía del consumidor" en una ficción lacerante. Además, se torna imposible planificar en el nivel microeconómico, pues las incertidumbres son enormes.

Después de un cierto umbral —diferente para cada economía— el desorden monetario empieza a traducirse en un desorden público generalizado; relaciones fundadas en la confianza mutua se desmoronan; los compradores de servicios (incluyendo el Gobierno) postergan los pagos con el fin de "ganar con el tiempo". Todos los ciudadanos se convierten así en especuladores (observación que hizo T. Mann a propósito de la hiperinflación alemana de 1922-1923). El "robo legítimo" se transforma en una práctica difundida. Y los bancos empiezan a cultivar *intereses creados* en el mantenimiento de una inflación acelerada, en la cual siempre ganan a causa de su poder económico y de la información oportuna.

La devaluación de la moneda apareja así una devaluación de los valores sociales, incluyendo el pacto democrático. El público advierte en estas circunstancias sólo los vicios de la libertad y principia a extenderse una expectativa por "el hombre fuerte" que entrone "el orden".

Si la hiperinflación fuese el único factor que corroe y corrom-

⁵ E. Ladd, "Thoughts on the Long Term Implications of Inflation", *Financial Analysts Journal*, julio-agosto, 1981.

pe la moral pública, Israel podría resolverla con medidas contingenciales *apoyadas* voluntariamente por la población (esterilización de las indizaciones, congelamiento de ahorros y cortes drásticos en el gasto público). Desafortunadamente, advierto variables adicionales que pondrán a prueba a la democracia israelí.

La cultura política

Desde 1977 se manifiesta un conjunto de hechos que, reunidos y eslabonados, cuestionan el ejercicio democrático. Uno de ellos es el cambio estructural del público elector. Por un lado, han adquirido fuerza los inmigrantes provenientes de países orientales. Estos ya han salido de los umbrales de la pobreza y ahora tienen la aptitud para presentar demandas organizadas. Algunos sectores de este público jamás han tenido una pronunciada conciencia sionista ni entienden los balances delicados de la democracia. Por añadidura, han sido objeto de una discriminación *objetiva*, no deliberada. Los primeros gobiernos pretendieron "occidentalizar" a estos sectores y les proporcionaron ayuda en varios planos; con estas bases irrumpen ahora en el centro de la sociedad israelí. Beguin tuvo el talento de satisfacer necesidades psicosociales de una parte de esta población, que se considera hostigada por los "veteranos". Por debajo de la "occidentalización" han quedado estructuras profundamente autoritarias.

A este público elector cabe agregar inmigrantes que llegaron en los últimos años de la Unión Soviética y de Estados Unidos. Por razones diferentes, estos nuevos conglomerados "no creen en la democracia" o abrazan convicciones metafísicas que no admiten ni discusión ni compromiso. Esta curiosa mezcla de "neo-conservadores" y religiosos fundamentalistas ha determinado cambios en el discurso político israelí: personas francamente laicas adoptan expresiones como "si Dios quiere", "la eternidad de Israel", "Dios mediante", "Dios autor de los mundos", etc., con el objeto de tender "puentes semánticos" con esta población. Cultivar el misticismo sin ser místicos; también aquí la historia puede sorprenderlos.

Es importante señalar que la "cultura política" involucra

a las élites de *todos* los partidos israelíes, con diferencias de matiz y estilo.

Otro hecho: las fuentes de reclutamiento y de socialización política. En los decenios pasados, los líderes provenían en su mayoría del ejército, del trabajo agrícola y comunal, y de la carrera burocrática. Hoy se perciben cambios. Representantes de las aldeas de inmigrantes *objetivamente* marginados, además de algunos miembros del Mossad (servicio de inteligencia) y de la "familia revolucionaria", que se opuso en su momento a Ben Gurión, ganan posiciones. La observación del actual gabinete israelí (marzo de 1984) es instructiva. Cuenta con más de veinte miembros, pero sólo una minoría tiene sensibilidad estratégica desatollada por la prolongada lucha contra los árabes; y un número menor puede evaluar acciones operativas y tácticas. Algunos autotes han señalado que al ejército le estaría faltando un interlocutor válido en el gobierno, circunstancia que estropea sin duda la comunicación interinstitucional.⁶

Otra manifestación del cambio: las discusiones en el Parlamento adquieren tonos de violencia verbal sin precedente. Como en la ley de Gtेशam, las monedas nobles desaparecen en este contorno. Algunos excusan esta debilidad recordando el carácter "levantino" y "mediterráneo" de la cultura israelí. Pretexto forzado.

Por añadidura: varios miembros del Parlamento y del Gabinete —por vez primera en la historia de Israel— han sido encarcelados por delitos de "cuello blanco". Y, sin embargo, retoman sus puestos después de cumplir la condena. Las antinomias principian a convertirse en normas, y contaminan a la sociedad entera. Todo se perdona y se explica, hasta el robo. Las élites de la cultura política hacen la vista gorda, pues el ladrón de ayer puede ser el socio político de mañana, a causa del carácter del gobierno israelí fundado en coaliciones.

La distorsión de la cultura política israelí alcanza un clímax desgarrante al aceptar, como asociados políticos, a un grupo francamente antisionista (*Agudat Israel*), cuya fuerza crece con el tiempo. A Agudat Israel le interesan los donativos del go-

⁶ A. Ayalón, "Haputsch shel Sharon." *Haaretz*, 17 de febrero de 1984.

bienio; éste debe concederlos para mantener la estabilidad de la coalición. Digo que es ésta una increíble distorsión, pues Agudat Israel tiene un “proyecto nacional” absolutamente opuesto al sionismo humanista. Alguien podría plantear una incómoda pregunta: ¿en qué consiste la diferencia entre Agudat Israel y la OLP desde el punto de vista de la sobrevivencia del Estado?

Estas manifestaciones de la cultura política se acercan a un síndrome conocido y peligroso: “la ley de hierro de la oligarquía”. Pues los jefes de los partidos mayores —Likud en el gobierno y Maaraj en la oposición— conservan y poseen un conjunto de privilegios que los alejan del *ethos* israelí que normó al Estado en los primeros años. Estos jefes están muy por encima del ciudadano común. Ingresos altos, provenientes de varias fuentes (incluyendo conferencias en el extranjero que se basan en datos inéditos recogidos en la excluyente función política), establecen fronteras socioeconómicas. Además, instituciones como el chofer, los viajes continuos al exterior, las viviendas lujosas determinan una jerarquización que lastima tanto a aquellos que todavía recuerdan la moralidad cuasi calvinista de los hacedores del Estado como a aquellos que temen que este hedonismo pueda minar, desde dentro, a la sociedad israelí.

La autodeslegitimación obstinada

El cotejo de revoluciones demuestra que uno de los signos que anuncian el cambio violento es la desertión de los intelectuales: éstos desmitologizan al Estado y a sus acciones poniendo al descubierto sus formas perversas de manipulación. Hay señales de esta tendencia en Israel. La diferencia: las distorsiones de las élites son criticadas no sólo por intelectuales sino por el público que aún posee una sensibilidad promisoría.

Daré algunos ejemplos. El ministro sin cartera Sharón se dispone a viajar a los Estados Unidos, con la aprobación de otros miembros de la cultura política, para impartir una serie de conferencias. Por *cada una* de ellas cobrará 10 000 dólares (es decir, el sueldo *anual* de un catedrático de tiempo completo). El acto

despierta encono; muchos sectores se sienten agraviados por esta conducta.

Otro ejemplo amargo: la guerra en El Líbano es acaso la primera operación iniciada por Israel sin contar con el consenso público. Esta guerra le cuesta al contribuyente algo más de un millón de dólares *al día*, amén de la caída de soldados (568 hasta la fecha) cuyo valor es infinito. Las resistencias internas a la permanencia israelí en El Líbano crecen continuamente, con argumentos dispares. Algunos hacen hincapié en consideraciones humanitarias; otros insisten en que esta guerra estropea el entrenamiento ordenado de soldados que tendrán a su cargo futuros combates. La doctrina militar israelí, basada en la iniciativa y en la movilidad rápida y complementaria de fuerzas, se ha quebrado en El Líbano.⁷ El tema duele pues los partidos mayores (del gobierno y de la oposición) supieron con varios meses de anticipación cuáles eran los objetivos maximalistas de Sharón ("nuevo orden" en El Líbano y, tal vez, el alojamiento de los palestinos en Jordania). Callaron, sin embargo. Acto que la historia recordará y condenará.

El autismo de las élites llegó a manifestarse en la autofijación de sueldos y beneficios conexos. Israel es una sociedad acostumbrada a que los líderes den el ejemplo en la vida y en la muerte. Para ella, esta conducta corteja la corrupción.

Si se considera en conjunto esta autodeslegitimación se llega a un debilitamiento severo de la democracia, causada por las *mismas personas* que hoy gozan de este régimen. Estimo que la democracia israelí podría declinar por obra y omisiones de los *civiles*; el ejército israelí todavía mantiene "viejas" normas de honestidad y ética. Cuadro peculiar sin duda, si se piensa en otros países en los que se escucha el grito feroz que sacudió a la República de Weimar: "contra los demócratas, los soldados". Esta frase no tiene de momento ni raíz ni validez en el caso israelí.

⁷ Las protestas en contra del gobierno emanan de oficiales de todos los partidos y corrientes. Véase T. Maroz, "Hakrav al Tzahae", suplemento de *Haaretz*, 16 de marzo de 1984.

El balance de los terrores

Hasta la fecha (salvo en la guerra interminable Irak-Irán), los duelos en el Medio Oriente se han verificado con "armas convencionales". Israel tiene una doctrina que se aplicó en Irak: contener cualquier iniciativa en favor del armamento nuclear.⁸ Pero es indudable que esta doctrina no se puede llevar adelante *indefinidamente*. Por ejemplo, si Egipto desarrollara recursos "no convencionales" (atómicos, químicos y/o laser), Israel no podría actuar debido al Acuerdo de Camp David.

Considero que la propagación de armas no convencionales en esta región es inevitable y que se efectuará en el curso de esta década. No entraré en la lógica de esta hipótesis; el lector interesado podrá hacer inferencias del trabajo de Neumann.⁹

Cabe preguntar: ¿por qué este balance de terror pondría en peligro a la democracia? Sugeriré algunos hilos causales.

La paridad atómica de USA y la URSS es una vivencia lejana para el israelí medio como para muchos ciudadanos del mundo. Pero cuando el recurso no convencional ingrese al Medio Oriente no habrá lugar para cómodos autismos. En estas circunstancias, y si el gobierno falla en la presentación de la nueva realidad, ésta traerá el pavor paralizante. Pues los datos básicos de Israel —pequeña dimensión territorial, alta concentración demográfica, vulnerabilidad relativa de sus centros estratégicos— no son alentadores. Por lo demás, es probable que Israel enuncie una doctrina de *first strike* que exigirá un eslabonamiento decisional sumamente centralizado. Muy pocos decidirán la suerte de todos, pues el factor tiempo (dos o tres minutos entre la orden y la llegada del proyectil) será crítico. No habrá lugar a "consultas de gabinete" y mucho menos con la oposición.

En otras palabras, un esquema decisional necesariamente centralizado, acompañado de una sensación generalizada de claus-

⁸ Para matizar la observación hecha anteriormente a pie de página, hay que subrayar que la destrucción de la usina se efectuó en domingo con el fin de ahorrar vidas humanas, especialmente de expertos franceses.

⁹ S. G. Neuman, "International Stratification and Third World Military Industries", *International Organization*, 38, 1, invierno de 1984.

trofobia, puede precipitar una guerra *total y final*. Hasta la fecha, el sistema democrático israelí ha frenado la cristalización de estos dos objetivos. Pero en un equilibrio de terror los frenos podrían fallar. Muy pocos aceptarían la idea de que el propio sionismo haya incubado, en la dinámica de la historia, una "trampa final". Los descarnados imperativos territoriales se saldrán de madre.

Recapitulación

Estoy muy lejos de postular algún género de determinismo histórico. Más aún: como israelí espero y quiero ser desmentido por los acontecimientos. Pero *es menester* identificar señales de peligro y resistirlas firmemente.

El sistema israelí no ha renunciado a la libertad y a la tolerancia a pesar de circunstancias que, en otros pueblos, habría llevado fácilmente al milenarismo totalitario. En este rasgo reside su fuerza. Mas si la suma de variables que he presentado actúa con la lógica conocida, "la tentación totalitaria", la "fuga de la libertad", podrían tocar las puertas de esta sociedad.

Posdata

Las elecciones celebradas el 23 de julio implican una derrota humillante para los dos partidos mayores de Israel y revalidan, por infortunio, las tesis de este ensayo. Los laboristas perdieron cuatro escaños en el Parlamento en contra de las encuestas que les vaticinaban un triunfo indiscutible. El Likud, por su parte, cedió siete lugares de los que había tenido. A pesar del triunfalismo absurdo que ambas agrupaciones demostraron después de la justa electoral, opino que la cultura política israelí encara hoy acaso el quebranto más grave de su historia. La polarización del público no sólo se ha institucionalizado con estos resultados sino que las fricciones se han tornado más enconadas. Por añadidura, el ingreso del Rabino Kahana al Parlamento, merced a una franca plataforma racista que lesiona al propio humanismo religioso judío, entraña una temible tendencia a la derecha fascista que tiene origen en una fatiga colectiva ocasionada por

el ciclo incesante de guerras y en una rigidez institucional lamentable. El ascenso del partido Tejiá (Renacimiento), también de la extrema derecha, apunta en la misma dirección.

Con base en las consideraciones que hice en este texto, anticipo tres posibilidades: *a*) un gobierno de semiunidad nacional compuesto por fracciones del laborismo y del grupo leal a Shamir; *b*) la alianza de los liberales —partido hoy desgastado y antiliberal que apoyó al Likud hasta la fecha— con los laboristas, en un maridaje político de mutua conveniencia; *c*) el llamado a nuevas elecciones con la esperanza de superar el empate inmovilizante de la actualidad.

En cualquier caso, una sociedad que deberá escuchar los planteos corrosivos de Sharón-Eytán-Kahana (que gozan ahora de la inmunidad parlamentaria) deberá inmovilizar todos sus recursos para preservar la sobriedad y las libertades públicas, rasgos tradicionales y saltantes de esta democracia.